

Corresponsales privados

P.N. Furbank

Ronald Blythe, (ed.), *Private Words: Letters and Diaries from the Second World War*, Viking, 1991, 310 pp.

La segunda Guerra Mundial, escribe Ronald Blythe en la introducción de *Private Words*, precipitó la "última gran avalancha de correspondencias privadas". Gracias al Acta Educativa de 1918, ésta fue la avalancha más grande en su tipo y la acompañó el más furioso apetito por los libros —el libro que fuera, pero sobre todo los libros de la editorial Penguin— y el mayor impulso por tratar de "escribir" en el otro sentido. Por más de una docena de buenas razones, tanto culturales como militares, ese tipo de guerra no se volverá a dar. Pero ha sobrevivido una enorme cantidad de cartas y diarios e intentos narrativos inspirados por esta guerra; y a partir de acervos privados y el Departamento de Documentos en el Museo de Guerra Imperial, Ronald Blythe reunió un sugerente collage, el cual es a la vez una reflexión: apenas "una mirada" y una "evaluación", dice él, a un tema inagotable.

Ronald Blythe es un escritor muy bueno —y no sólo en sus libros, pues a cada rato nos encontramos una reseña suya que nos sorprende porque va al meollo del asunto. Sin embargo, me parece que algo anda mal en su nuevo libro. Nos preguntamos, para empezar, a qué género o disciplina pertenece. No se trata, eso se ve con claridad, ni de arqueología ni de antropología social: pero tampoco se puso a des-

anudar sentimentalmente el listón que envuelve las amarillentas páginas, puesto que Blythe salió en busca de su material como un investigador profesional. Suponemos que estaríamos tentados a pensar en este material en los términos de una obra de arte, como una "pieza de época" en el estilo de una época literaria preocupada notablemente por hacer que los fragmentos embonen. (Se puede observar una "línea" o secuencia que va de *La tierra baldía* y los *Cantos* de Pound, pasando por los poemas "montados" de Auden, hasta *Mass Observation*.) Podría haber un libro así, pero el de Blythe no es tal.

Esto nos deja con la historia social, pero el hecho es que no nos parece que este libro, a diferencia de *Akenfield*, sea un libro de historia social. ¿Por qué no, sugiere una frase de Blythe en la introducción, un libro sobre diarios y cartas privados que "suministran historia social" en las bibliotecas públicas? Claro que entendemos a lo que Blythe se refiere, pero está mal dicho, puesto que los documentos no "suministran" historia social. Para producirla es preciso hacerles preguntas a los documentos, construir hipótesis y probarlas, dejar que la mente dé con explicaciones causales o, si se es ese tipo de historiador, tratar de hilar un relato. A menos que por obtusos se nos haya escapado lo anterior, Blythe no hace ninguna de estas cosas. Blythe subestima cualquier teoría que no sea la del comienzo, según la cual ésta fue una guerra singularmente "literaria", y el único elemento argu-

mental significativo que discernimos tiene que ver con la recepción del informe Beveridge, y aun éste apenas cabecea. Es como si Blythe no hubiera querido distanciarse de su material para seguir los preceptos del arte, o de alguna disciplina, y deseara una relación más amistosa e íntima con él. Si es así, Blythe tiene problemas para hallar tal relación, y acaso tuviera la ilusión de que podía encontrarla. (Una ilusión semejante persigue a cierto tipo de literatura política.) Como resultado, el tono del libro está mal. Nos parece que toma por dos caminos distintos.

En primer lugar, la actitud de Blythe ante esta escritura no profesional o ante estas "palabras privadas" a veces nos parece demasiado filantrópica, demasiado prudente y condescendiente. Así nos informa que al comienzo de la guerra los editores y dueños de imprenta "comenzaron a recibir montones de obras nuevas que hacían a un lado todos los principios literarios con los que ellos estaban familiarizados. Se trataba de obras directas, llenas de color y frecuentemente políticas". La verdad es que un pequeñísimo porcentaje era efectivamente "directo" y "lleno de color", mientras que en lo que concierne a la naturaleza de las cosas la mayor parte de este material debió ser terriblemente anodino. Un fervor equívoco se encargó de reunirlos. De nuevo, Blythe escribe que el bombardeo a Londres produjo "tres elocuentes y distintas tendencias de escritura" —con lo cual se refiere a la obra de los poetas y novelistas residentes en Londres, a los *Mass Observators* y

a las cartas y diarios particulares, respectivamente. ¿Y cómo fue que todo esto se ganó el epíteto de "elocuente"? preguntamos. La elocuencia es lo que los poetas buscan, mientras que los *Mass Observers* no tenían ganas de ser elocuentes, y la elocuencia no suele ser objetivo primordial de un diarista. Lo que Blythe quiso decir, suponemos, es que los escritos que tal acontecimiento generó, elocuentes o no, son "volúmenes parlantes" para el lector sensible hoy día. Pero esto no es sino condescendencia, y el proteccionismo de Blythe devino en condescendencia.

El otro derrotero que sigue el tono de Blythe va hacia la identificación. Blythe tiene una manera de "unir" a sus temas humanos, tomando sus colores según la ocasión y apropiándose de sus frases hechas y sus ideas compartidas. Del sargento Pexton, lacónico diarista, Blythe dice: "El diario de Pexton es tan extenso como útil para medir la duración de su esperanza. Al morir la esperanza [las *italicas* son mías] *lo empaca*". En las cartas de dos hermanos de Suffolk y su hermana nos sumergimos en una conmovedora historia de la guerra. Donald, piloto, cae en manos de los japoneses en Malasia y lo asesinan en un recorrido por la isla, y su hermano menor, Christopher, con extraordinaria persistencia —bombardea con cartas al Ministerio de Aviación y viaja a Malasia, interrogando a los habitantes de los pueblos a lo largo de su último recorrido— se las arregla para localizar la tumba. El relato nos pesca y nos habría fascinado que nos dieran algo más que este fragmento. Y he aquí lo que dice Blythe, en una de sus intervenciones, sobre la hermana, Jean: "Jean, la hermana de Donald y Christopher, empezó la guerra

como secretaria de un mayor de la Guardia Nacional antes de unirse a las ATS. Sus cartas no son introspectivas, son serenas, interesantes y centradas, y se las podría describir como las cartas que se recibían mejor y las más frecuentes durante la guerra. El mundo no se iba a acabar mientras alguien escribiera y enviara estas cartas". Aunque no se trata de burlarnos, esto se lee como una salida típica de Alan Bennett: el lenguaje y los sentimientos cortados a la medida de la propia, garbosa Jean.

Otro ejemplo que se relaciona con lo anterior. Blythe se refiere aquí a las últimas cartas escritas por aquellos que murieron en la guerra.

Una de las lecciones de la guerra es cómo despedirse, aunque pocos intentaron aprenderla. Morir en batalla no era como morir de viejo o ejecutado, o como saberse enfermo de muerte, y en comparación no hay muchas cartas de despedida. Por lo general, la notificación oficial de una muerte ocurrida en el servicio iba seguida de cartas personales escritas por oficiales, sacerdotes y amigos cercanos. Extraña aunque comprensiblemente, cuando se llegaba a escribir una carta de despedida ésta por lo común carecía de la intimidad de aquellas otras enviadas por los camaradas a la familia o a la mujer del muerto. Las mejores cartas de despedida son las de aquellos que guardan con ansia una respuesta. La súbita irrupción de una noticia sobre alguna nadería con frecuencia resulta más intensa que la despedida de un adiós mesurado. Chismes y quejas, besos y abrazos, y luego ni una palabra.

La cita tiene todo tipo de rarezas, si uno es lo suficientemente

quisquilloso para percibir las, empezando por la primera oración, puesto que las "lecciones" son seguramente para aquéllos que desean hacer algo más de una vez, lo cual con dificultad puede ser el caso de quienes van a la muerte. Luego ¿por qué el "extrañamente" en la cuarta oración? El hecho al que se refiere es conmovedor pero de ninguna manera es extraño. Una vez más, uno quiere saber para quién la "súbita irrupción de una noticia sobre una nadería con frecuencia resulta más penetrante que la despedida de un adiós mesurado". La respuesta es: no para el soldado, sino para los extraños como nosotros que reaccionamos estéticamente cincuenta años después. En un contexto como éste son cruciales las preguntas "¿para quién?" y "¿de parte de quién?", y es un descuido que Blythe las dejara sin respuesta.

Hasta aquí los reparos. Ronald Blythe es un experimentado y habilísimo antologador, y, como era de esperarse, hizo uno o dos descubrimientos fabulosos. Son buenos por las mejores y menos complicadas razones: porque su autor sabía escribir. El artillero James Witte encuentra algo interesante en donde pone la vista, algo que hay que estudiar, y además nos hace que nos interese en ello, sorprendentemente. Destaca, como acuarrelado, la manera para pasar por un fabuloso artillero de caballería real.

En el pueblo al que nos enviaron había un sastre que modificaba nuestros uniformes. Primero que nada, este sastre le "subió" los cuellos a nuestras casacas, lo cual quiere decir que les quitó los puntos de manera que la casaca quedase floja en el cuello. Luego "aló" y "entubó" nuestros pantalones de montar, de

manera que quedaran ajustados en las piernas, abriéndose como "alas de mariposa" en los muslos. El único problema es que era casi imposible ponerlos, y que nos era igual de difícil quitárnoslos. Pero eso no nos importó. En mi entusiasmo llegué incluso a quitarles las estrellas a mis espuelas y les metí monedas de tres peniques, porque sonaban mejor.

El y un amigo, en una salida, se lanzan a un recorrido matutino por las cantinas, y luego, parados en la calle, con las botas en posición "diez-para-las-dos", éste quiere moverse, no lo logra y cae. "Me empecé a preocupar y pensé que tenía una parálisis o algo". "Son tus espuelas, amigo", le explica su socio, "se te atoraron".

Luego, como prisionero de guerra, aparecen los beneficios de la lectura.

El mejor antídoto contra el aburrimiento que conozco es un libro, cualquier libro. Me compré un Sexton Blake que vendía un fulano a cinco *fags* ingleses y me fui muy contento. Al terminar de leer cómo el gran detective rastrea al hábil criminal me fui a las barracas gritando "¿No cambian un libro?" como el afilador debió publicitar sus mercancías en la Inglaterra del siglo XIX... Había un soldado con fama de estudioso tirado en un catre con un gran tomo sobre el pecho, el cual debió haberle costado algo, me puse a platicar con él y le pregunté si le importaría cambiarlo por mi bien conservado James Hadley Chase, más diez *fags* inglesas. Para mi sorpresa, saltó ante la oportunidad y me volví propietario de la *Historia de la conquista de México y Perú* de William Prescott. Una

obra importante, pero el único problema era pensar en tener que cargar con el libro cuando nos mudáramos. Pero me dije a mí mismo que ya pensaría en eso a su debido tiempo, y me puse a leer algo serio.

De Prescott pasa a la "*Historia de Francia* escrita por alguien".

Su despierta mirada queda atrapada, y atrapada dichosamente, por las producciones teatrales en el campo de prisioneros, obras que desde luego tenían un reparto masculino exclusivamente.

Las muchachas parecían muchachas. Los meritorios solían esperar afuera del teatro al acabar la función. No se las podían llevar a cenar, así que a cambio de eso las llevaban a lugares apartados en el campo de prisioneros. El problema, sin embargo, era que había muy poca privacidad para un romance de esta naturaleza. Los novios se ponían muy celosos si uno se atrevía a echarles un vistazo a sus novias. Había un cabo en la Policía Militar que estaba violentamente enamorado de una actriz que se llamaba Gerry. Una vez se estaban besando cuando llamaron a formar filas y los encontraron ensabanados juntos en el rincón de otra barraca. Esto divirtió mucho a los italianos, quienes los metieron en un separo juntos durante una semana.

Este mismo autor estudia el acto de compartir paquetes desde una perspectiva económica, política y psicológica, y lo dejamos al describir su ascenso inevitable al gran comercio.

El contenido de los paquetes ingleses era variado, de manera que en las barracas aparecieron

los comerciantes para negociar los bienes de uso a cambio de un pequeño porcentaje de cigarros. Quien quisiera cambiar un pastel de carne molida por una lata de jamón enlatado iba con el comerciante, y uno iba con ellos si uno quería comprar una natilla Yorkshire, por ejemplo. Cada comerciante tenía una lista con los precios vigentes en la puerta de las barracas para que los consumidores la consultaran. Como en la Avenida Leather en Londres, los precios eran excesivos. Cuando empezaban a llegar los paquetes personales de cigarros, uno podía vivir como rey. Tuve la suerte de recibir varios paquetes juntos enviados por mi familia, mis amigos y la compañía en la que trabajaba. Esto me permitió meterme al negocio como empresario con oficina en donde estaba mi cama. El único inconveniente de ser un magnate fue el hecho de que siempre tenía que vivir al día. Cada vez me hacía más rico. Me convertí en un Creso de la prisión. Al poco tiempo me pude dar el lujo de pagarle a alguien para que cuidara mi riqueza en lo que yo paseaba por el campamento matando el tiempo con otros socios comerciantes.

Otro cañonero, Sir James Stephen, barón en cuarta línea, de treinta y tres años, Eaton y Trinity, también sabía escribir, y siempre se expresó con brillantez. Era, según nos dice Blythe, "un hombre alto, gordo, sucio", católico converso, que estudió leyes y periodismo. Le gustaba escribir canciones y tejer para el Ejército y anhelaba luchar por su país, pero nunca pasó de la cocina. En abril de 1941 se le ordena que sea escolta de prisioneros y escribe, filosóficamente:

En fin, así son las cosas. Es un trabajo asqueroso, pero todavía no me mandan al frente, no he disparado desde la trinchera, ni he hecho guardia. Todo esto porque no tengo buenos pies. Pero no puedo esperar que el resto del tiempo me la pase escribiendo poesía y leyendo a Gibbon. Los prisioneros se burlan de mí, me hacen caras, se ríen, me ruegan que les preste dinero, y de hecho se portan como una turba de niños de siete años. Había un hombre particularmente molesto. Quería que le prestara dinero. Le expliqué que eso era ilegal. Entonces me citó lo que dice San Pablo de la caridad y dijo que yo era una trompeta sonora y un tambor retumbante. Lo que

resultó fue que los prisioneros me echaron a perder y me empecé a reír. Veo que los prisioneros la pasan mal.

Al mes siguiente se atreve a voltear por primera vez el dorso de sus tirantes, algo colosal, y termina una "Canción de un soldado cuya partida coincidió con una inspección", la cual envió con una nota al bombardero, con la esperanza de que esta canción "diera fruto en la estación debida". "Yo creo que algo debía andar mal con Bob Robertson", reflexiona con ansiedad. "Anoche descubrí que tiene una colección de veinte fotografías de torsos de mujer en su cuarto, ninguna de las cuales trae la mínima ropa". Otro amigo actúa extrañamente:

Buffin llegó anoche de puntitas a las 11.30, una hora en la que no debería estar en ningún lado más que en la cama. Vino a la cama y dijo algo cariñoso cuando yo estaba medio dormido, así que cerré el puno y le dí en la nariz de sorpresa. El resultado fue que se puso a gritar "¡Me pegó en la nariz!", lo que repitió unas cincuenta veces, causando así un tremendo alboroto. Dije que me arrepentía de no haberle roto el cuello.

Tomado de *The London Review of Books*, octubre 10, 1991. Traducción de A.S.

La memoria de los mapaches

Alicia Olivera de Bonfil

Antonio García de León, *Ejército de ciegos. Testimonios de la Guerra Chiapaneca entre carrancistas y rebeldes, 1914-1920*, México, Ediciones Toledo, 1991.

Usar fuentes orales en la investigación es complejo. La problemática a la que nos enfrentamos es diferente de la que encaran quienes trabajan con archivos, documentos, bibliografías, estadísticas; la simple posibilidad de repasar, una y otra vez, sus fuentes.

Nos enfrentamos a personas, seres que viven y sienten y no po-

demos interpelarlos, utilizarlos y "archivarlos" nuevamente, sin que hayan realizado un cambio en nuestros propios sentimientos. Cada entrevistado, cada informante nos brinda una parte de su propia vida y de algún modo nos incorpora en ella. Por otra parte ¿desde dónde oímos? ¿Con qué fin? ¿Qué lecturas podemos hacer de esas voces? ¿Cómo pasar de lo individual a lo colectivo, del recuerdo a la historia, del chisme a las hipótesis? ¿Con qué criterios deslindar, jerarquizar, codificar un cúmulo frecuentemente caótico de voces? ¿Cómo anotar esta polifonía? ¿Qué es útil,

qué significativo, qué prescindible?

La historia oral se nutre de la experiencia directa y nos enfrenta a visiones posibles del pasado: lo que se creía olvidado viene y contradice, y toda memoria distinta sirve de fundamento para otros razonamientos. Al trabajar con voces el historiador construye sus propias fuentes, ordena de otra manera, sigue flujos distintos: es la subjetividad por excelencia.

En archivos de la palabra, cintas y transcripciones se inicia un diálogo permanente que los relatos nunca hubieran, por sí mismos,